

DISCERNIMIENTOS DE JESUS

José Cruz Ayestarán, S.I.

El tema central de este seminario de espiritualidad es el discernimiento espiritual. Como la espiritualidad cristiana tiene su fundamento en la espiritualidad de Jesús, el Cristo, es obvio que nos preguntemos si Jesús, en su vida terrena, hizo discernimientos espirituales para buscar y hallar la voluntad de Dios, que él desconocía, sobre su vida y su misión. Desde ahora queremos hacer dos observaciones preliminares. La primera es que no pretendemos ahora presentar una definición precisa de lo que la teología espiritual entiende por discernimiento. Eso se hará a largo del seminario. Ahora nos limitamos a presentar la noción más elemental: buscar y hallar la voluntad de Dios en nuestras vidas. La segunda observación se refiere a que en esta ponencia presentaremos sólo algunos elementos que tratan de los discernimientos de Jesús, y no los de los cristianos, es decir, discernimientos que forman parte del dinamismo de búsqueda de la autenticidad cristiana. Esto se abordará en las intervenciones siguientes.

I. ANTECEDENTES HISTORICOS

Antes de abordar la materia central de la ponencia, conviene recordar algunos antecedentes históricos que se refieren a los presupuestos teológico-cristológicos que conciernen al tema.

1. Presupuestos teológicos

Tres serían los presupuestos fundamentales para el tema del discernimiento: Revelación, Encarnación y Pneumatización.

a) Revelación. La fe cristiana confiesa que Dios en su infinita bondad tomó libremente la iniciativa de revelarse al hombre en la historia, con palabras y hechos. Esta revelación consiste fundamentalmente en la autocomunicación o autodonación de Dios mismo al hombre, y no precisamente en la comunicación de conocimientos o verdades formuladas conceptualmente, aunque éstas tampoco quedan excluidas. Dios mismo crea en el hombre la capacidad de acoger libremente (existencial sobrenatural y gracia) la autocomunicación personal de Dios. A esta acogida personal llamamos Fe. Esta autocomunicación y acogida constituyen la experiencia humana de la trascendencia de Dios, que está en la base de todo discernimiento espiritual.

b) Encarnación. Esta autocomunicación de Dios al hombre “En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios a nuestros padres por los Profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por un Hijo, al que nombró heredero de todo, lo mismo que por él había creado los mundos y las edades” (Hbr 1,1-2). Y el diálogo de Dios con el hombre tiene una larga historia, que es una prehistoria cristológica, porque por él y en él (Cf. Col 1,1-13) había creado todo, y en la etapa final se encarnó y se hizo hombre y habitó entre nosotros (Cf. Jn 1,1-14): la autorevelación y donación de Dios al hombre es la encarnación del Verbo engendrado y pronunciado por el Padre desde un siempre eterno. Según el NT, Dios se reveló totalmente al encarnarse y hacerse hombre como nosotros, menos en el pecado. Este hacerse hombre no fue sólo un asumir la naturaleza humana, sino un asumir la condición de esclavo, despojándose y vaciándose de su rango divino: fue una encarnación kenótica (Cf. Fil 2,5-11). El Verbo de Dios, sin dejar de serlo, pero encarnado kenóticamente, es Jesús de Nazaret, que en el proceso existencial y espiritual de su vida terrena se fue haciendo el Hijo de hombre, el Verbo-Hijo del Padre. Y todo esto se ha dado como una Historia de Salvación, en la que el hombre discierne los caminos de Dios en Jesús de Nazaret.

c) Pneumatización. En la encarnación del Verbo en Jesús, desde el primer momento y a lo largo de toda su vida como en la prehistoria cristológica, el Espíritu de Dios es la fuerza y energía creadora y salvífica de Dios. El hombre y el universo llegan a su plenitud a través de un proceso de pneumatización, es decir, en la medida en que el hombre, y el universo a través del hombre, acoge el Espíritu de Dios. Esta pneumatización, aquí solamente

aludida, requiere por parte del hombre un continuo discernimiento para descubrir y dejarse conducir por ese Espíritu, que nos constituye en hijos de Dios y hermanos en Jesús a todos los hombres.

2. Silencio sospechoso

Después de esta aproximación teológico-cristológica al tema del discernimiento, quisiera comenzar por señalar un silencio que parece sospechoso sobre los discernimientos de Jesús. Aunque parezca obvio a más de uno, queremos preguntarnos, en primer lugar, si Jesús, perfecto hombre Hijo de Dios, tuvo necesidad de hacer un verdadero discernimiento espiritual. Ante todo, tendríamos que recordar la constatación clara de que ningún Santo Padre ni ningún autor de teología espiritual ni ningún hombre santo espiritual habla de los discernimientos de Jesús, aunque muchos de ellos hayan desarrollado toda una doctrina y diversos métodos de discernimiento espiritual para vivir una auténtica vida cristiana. Este silencio denota ciertas deficiencias de la teología y la cristología vigentes en la Iglesia durante siglos. Sólo algunas cristologías postconciliares comienzan a hablar explícitamente de la “fe de Jesús” y en este contexto y en forma más bien velada o indirecta se aborda el tema de los discernimientos de Jesús. La novedad de la ponencia estaría en el tratamiento explícito que se le da al tema.

3. Deformación docetista

No estará demás aludir aquí a una perspectiva teológico-cristológica que incide en la espiritualidad cristiana. En este momento no podemos abordar el desarrollo de los dogmas cristológicos de los primeros siglos de la Iglesia, aunque estos dogmas han influido profundamente en toda la teología y espiritualidad de la Iglesia. No es el lugar para presentar con la debida seriedad histórica toda esta problemática. Nos limitaremos a recordar una verdad fundamental de nuestra fe cristiana: Jesús es el Verbo de Dios encarnado, perfecto hombre e Hijo de Dios. Estas fórmulas dogmáticas están hechas desde una mentalidad filosófica grecolatina, que fácilmente inciden en la espiritualidad.

En virtud de la unión hipostática o personal de Jesús con el Verbo de Dios, Jesús sería el hombre perfecto que tendría todos los atributos divinos, y

entre éstos la omnisciencia divina. Por tanto, Jesús, desde el primer momento de su concepción humana, posee toda la infinita ciencia y conocimiento divinos. De aquí se deduce que Jesús haya tenido siempre un conocimiento total de Dios y de todos los pormenores de su propia existencia. Por consiguiente, Jesús en su vida terrena no tendría necesidad de discernimientos para hallar la voluntad de Dios.

Los textos bíblicos que nos hablan del crecimiento humano y espiritual de Jesús, de sus tentaciones o pruebas para discernir la voluntad del plan salvífico del Padre, las crisis de Jesús en torno a la concepción del Reino y su realización histórica, etc..son leídos desde una perspectiva docetista o semidocetista, y no implicarían experiencias reales de Jesús, sino 'buenos ejemplos' epifánicos para nosotros sus seguidores cristianos. No vamos a estudiar más fondo esta problemática y su eventual vigencia en ciertas espiritualidades de hoy, aunque no sería difícil descubrir sus huellas en algunas.

4. Reduccionismo espiritualista

Tal vez resulte útil e ilustrativo aludir a otra dificultad que suele tener su influjo negativo en la comprensión de los discernimientos de Jesús. Las cristologías neotestamentarias fueron elaboradas por la Iglesia neotestamentaria en la etapa pospascual del acontecimiento Jesucristo. La mayoría de los títulos cristológicos pospascuales se refieren a Jesucristo resucitado y, por tanto, son títulos 'gloriosos', aunque tengan su base histórica en la vida terrena de Jesús de Nazaret. Estos títulos 'gloriosos' acentúan más los atributos divinos de Jesús Resucitado y su acción actual desde 'la diestra del Padre' sobre toda la historia humana. Aunque Jesús es el mismo ayer, hoy y siempre (Hbr 13,8), la vida terrena de Jesús, en su estado de encarnación kenótica, es distinta de su estado actual de Crucificado-Resucitado, sentado a la diestra de su Padre.

El énfasis reduccionista en los títulos gloriosos de Jesús Resucitado ha deformado con frecuencia la realidad y la importancia de la vida terrena y kenótica de Jesús de Nazaret. De ahí también han surgido deformaciones en la comprensión de la espiritualidad de Jesús en relación con su Dios-Padre y con la construcción histórica del Reino. En esta perspectiva Jesús no tendría

necesidad alguna de discernimientos para buscar y hallar la voluntad del Padre sobre los modos concretos de su existencia terrena y su misión salvífica.

No sería exagerado afirmar que el culto católico, sobre todo el solemne (pontificio, episcopal, etc.) y también algunas formas de piedad más individual caen con cierta facilidad en de cierto 'gloriosismo', (si se me permite expresar así), que deforman el auténtico seguimiento del Jesús kenótico, que es "Camino, Verdad y Vida" (Jn 14,16) para los que de verdad han creído en El, naturalmente por la gracia del Espíritu de su Resurrección. Se olvida fácilmente la realidad del Jesús terreno prepasual, y se vive una espiritualidad "entusiástica".

5. Desde una cristología más actualizada

Desde la perspectiva de una cristología más actualizada y perfectamente ortodoxa podemos afirmar que "Jesús tuvo una conciencia humana de sí mismo que no debe ser identificada, en un esquema "monofisita", con la conciencia misma del Logos de Dios, como si éste manipulase últimamente la realidad humana de Jesús como algo pasivo, como un mero atuendo exterior del único sujeto divino activo. La autoconciencia humana de Jesús se situó ante Dios, como cualquier otra conciencia humana, en la distancia de su ser creado, en libertad, obediencia y adoración" .¹

El hecho de que el Logos de Dios se haya encarnado en Jesús de Nazareth y que personalmente sea Hijo de Dios no elimina o disminuye en lo más mínimo su conciencia humana, percibe la distancia de su ser de criatura ante Dios, posee una alteridad heterónoma, se siente libre ante la libertad de Dios y acoge en obediencia y adoración la progresiva manifestación de la voluntad de Dios. Sin embargo, en Jesús se da, como realidad última y peculiar, a lo largo de toda su vida una conciencia profunda y no refleja de su radical e irrepetible proximidad con respecto a Dios. Esto se manifiesta en su única y original actitud en relación con su "Padre".² Los evangelios no dejan lugar a dudas de la experiencia radical de Dios que tuvo Jesús y la presentan como algo absolutamente central en su vida. Con todo, no es nada fácil llegar de alguna manera a la experiencia divina de Jesús. Ante todo, por la naturaleza misma del asunto, pues Dios es la realidad más difícil de expresar en palabras, y también porque es sumamente difícil, si no imposible, adentrarse en la psicología

interna de Jesús, sobre todo en este punto. Los mismos evangelios resienten esta dificultad, pero con todo han dejado en la gente y en sus discípulos señales importantes de la honda impresión que causó la relación de Jesús con su Dios.

Como afirma H. Kessler, “hay que ser muy cuidadosos cuando se habla de las nociones de Dios que tenía Jesús. Pues Jesús no muestra ‘nociones de Dios’ formulables y enseñables’. Más bien actúa de tal manera que las decisiones concretas y prácticas que toma son distintas a las de su ambiente”³

Ciertamente Jesús heredó, acogió y apropió a su modo las tradiciones profética, apocalípticas, sapienciales y existenciales que se referían a la realidad de Dios. Se trata de tradiciones difíciles de compaginar, cuyos intentos de solución no podemos abordar aquí. En todo caso, para Jesús Dios es absolutamente trascendente por su acción creadora, su soberanía absoluta, su poder sobre la vida y la muerte, etc.. Jesús se confronta con una realidad última a la que él llama “Padre”, y ese Padre sigue siendo lo último para Jesús, es decir, Dios., en el que deposita su absoluta confianza y su total disponibilidad. Dios es Padre y en él descansa su corazón, pero el Padre sigue siendo Dios y no lo deja descansar.⁴

La relación de Jesús con su Padre se manifiesta también en su oración. Como judío piadoso que era, es de esperar a priori que Jesús orase, y así lo confirman los evangelios inequívocamente. Estos nos relatan los modos y los momentos más relevantes de la oración de Jesús. Sin entrar ahora en detalles, podemos afirmar con seguridad que el hecho mismo que Jesús orase muestra que para él existe un polo referencial último de sentido personal, ante el cual se pone para recibirlo y para expresarlo. Es una realidad en la que expresa ante Dios el sentido de su propia vida, en relación a la construcción del Reino. De ahí que la oración de Jesús aparezca como búsqueda de la voluntad de Dios, como alegría de que llegue su Reino, como aceptación de su destino; en síntesis, aparece como confianza y disponibilidad ante un Padre que sigue siendo Dios, misterio.⁵

Que Jesús depositó su confianza en Dios queda bien atestiguado en los evangelios, aunque, en último término, no es analizable de dónde proviene esa confianza. Pero esa confianza es real y supone -lógica y realmente- que para Jesús Dios es realmente bueno para con él, lo cual ha quedado plasmado en la expresión con el que designa a Dios: ABBA. Esa confianza hacia Dios muestra que, para Jesús, Dios no sólo es lo bueno, sino alguien en quien se puede

descansar y confiar, alguien que da sentido a la existencia de los hombres. Por ellos Jesús se acerca a los hombres y a los que tienen más necesidad de bondad, los pobres y los pecadores. Y por ello, Jesús se dirige a todos, una y otra vez, aun siendo realista sobre la condición humana, limitada, tendiente al egoísmo. Y lo que le mantiene en esa ardua tarea es su experiencia original de que “la vida humana está envuelta en esa incomprensible bondad de Dios”.⁶

En otras palabras, a partir de su vivencia del Abbá, Jesús puede anunciar a los hombres el mensaje de una esperanza que no es deducible de nuestra historia ni de experiencias individuales o sociopolíticas, aunque dicha esperanza tenga que realizarse en el mundo. Lo que llevó a Jesús a tomar conciencia de esa posibilidad y esa certeza llena de esperanza fue la originalidad de su experiencia de Dios. Su experiencia de la paternidad divina es una vivencia de Dios como potencia que libera y ama al hombre. Ante el panorama de la historia real, el Abbá, el “Dios de Jesús”, el creador de cielo y tierra y guía de Israel, es un Dios para el que “todo es posible”(Cf. Mc 10,27). Jesús, durante su vida terrena, invitó de palabra y de obra a creer en ese Dios: éste era el sentido de toda su actividad.⁷

Nos hemos extendido un poco en la exposición de la experiencia de Jesús en relación con su Dios-Padre porque esta experiencia constituye lo más profundo de la conciencia de Jesús. En el fondo, esta conciencia se identifica con la autoconciencia de su única filiación divina, que siempre está presente en El en forma no refleja, es decir en forma no consciente y verbalizada incluso para sí mismo. Sin embargo tenemos que afirmar inmediatamente que esa conciencia profunda se fue manifestando en forma gradual y progresiva, que la manifestación de su autoconciencia tiene una historia que va desarrollándose en forma procesual a lo largo de la vida prepascual de Jesús. Este va compartiendo los horizontes y las formas conceptuales de su mundo ambiental judío para llegar a ser su autoconciencia ella misma y no sólo como una ‘condescendencia’ con los demás. Jesús aprende, hace nuevas y sorprendentes experiencias y se siente amenazado por crisis extremas de autoidentificación, aun cuando estas crisis, sin perder su fuerza, estén arropadas por la conciencia de que también ellas se encuentran implicadas en la voluntad del “Padre”.⁸

Antes de pasar a presentar algunas escenas evangélicas, en las que podemos ver con más precisión los discernimientos de Jesús, podemos

recordar el texto de Lucas (Lc 2,52) que nos dice: “Jesús iba **creciendo** en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres”(Próv 3,4). Corporal, humana y espiritualmente Jesús iba creciendo realmente, y no sólo en apariencia. En otras palabras, Jesús se iba haciendo hombre e Hijo de Dios en y a través de las diversas experiencias humanas existenciales y espirituales. “El, en los días de su vida mortal, ofreció oraciones y súplicas, a gritos y con lágrimas, al que podía salvarlo de la muerte; y Dios lo escuchó, pero después de aquella angustia, Hijo y todo como era. Sufriendo aprendió a obedecer y consumado (que incluye la idea de perfección, transformación y consagración) se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen a él...”(Hbr 4,7-10).

El NT permite entrever que, al observar la vida de Jesús de Nazaret, muchos tuvieron la impresión de que se encontraban “ante un profeta”. Un planteamiento generalizado era la pregunta sobre la relación de Jesús y el Espíritu de Dios, característica del profeta. Como veremos más adelante, los evangelistas recogen el recuerdo prepascual de que Jesús era no sólo un profeta, sino el profeta escatológico, que, según las tradiciones judías, estaba “lleno de Espíritu de Dios” y anuncia la buena nueva para la salvación de los oprimidos. Los evangelistas, desde una mirada pospascual, ven a Jesús lleno del Espíritu Santo no sólo durante su vida pública, sino ya desde el momento del bautismo en el Jordán y aun desde el momento de su concepción virginal en María. Esta presencia del Espíritu en Jesús jugará un papel importantísimo en todo lo que concierne a los discernimientos de Jesús. Y aquí llegamos a una conclusión importante: esta experiencia de Dios como Padre en el Espíritu es el punto de partida y condición de posibilidad existencial de todos sus discernimientos.

II. DISCERNIMIENTOS DE JESUS

Después de haber presentado algunas proposiciones teológicas y cristológicas más generales, ahora podemos presentar algunas escenas de la vida terrena de Jesús, en las que se puede ver con más claridad algunos discernimientos concretos de Jesús que narran los evangelios.

En estos discernimientos de Jesús no se trata de un dejar de hacer el mal para hacer el bien, un volver al Dios que antes se ha abandonado, en lo que

insisten tanto los profetas. Indudablemente, la conversión del pecador entraña estos dos momentos. En Jesús no podemos hablar de conversión en este sentido. En Él se trata más bien de una conversión-discernimiento que conduce a lo bueno concreto que Dios quiere. Se trata de buscar y hallar la voluntad de Dios en circunstancias concretas, eligiendo lo bueno concreto que Dios quiere entre diferentes cosas buenas que podrían hacerse.

En forma todavía general, de acuerdo a los evangelios podemos decir que la visión teológica de Dios y del Reino que Jesús tenía era bastante diferente de la que muestra tener al final de su vida. Al comienzo de su vida, Jesús anunció el reino de Dios y su cercanía, puso abundantes signos de ella, llamó a discípulos para que lo acompañaran en su misión, etc. Al final de su vida, sin embargo, su visión teológica es muy otra. No habla de la cercanía del Reino - aunque la siga esperando en la cena, pero sin explicitar ya el cómo ni sus signos... Formalmente, en esta última etapa de su vida están presentes los mismos elementos que estaban presentes desde el inicio: Dios, la misión, el pecado, el seguimiento, etc., pero su historización es muy diferente. Está ahora dominada por el misterio de Dios y por lo que en Dios hay de misterio.⁹ Jesús esperó al principio el triunfo de su misión religiosa, pero paulatinamente fue creciendo en él la sensación de que su misión le conduciría a un conflicto fatal con la sociedad político-religiosa.¹⁰ Más aún, como veremos después, el grito de abandono de la cruz implica una misteriosa pero real crisis de autoidentificación precisamente en su relación filial con el Dios-Padre y el valor de su propia vida y muerte para la construcción del Reino, que es la oferta de salvación de parte del Padre a los hombres. Todas estas crisis implican profundos discernimientos en Jesús.

1. El bautismo de Jesús

El bautismo de Jesús por Juan no fue un episodio banal en su vida. Lo relatan todos los evangelistas (Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22; Jn 1,29-34). Desde el punto de vista histórico-crítico, el episodio es históricamente cierto. Las fuentes neotestamentarias no nos proporcionan detalles del modo y motivos por los que Jesús acudió al bautismo de Juan. Jesús se sintió personalmente afectado por la predicación de Juan y aceptó su llamada a la conversión. No podemos olvidar esto. De lo contrario, parecería que tal acción

fue un gesto de condescendencia (a lo sumo un acto público de humildad, que tendría algo de ficticio, o bien un “error juvenil” de Jesús, un primer impulso religioso, que más tarde resultaría no plenamente acertado y correcto y llevaría a Jesús a tomar un camino distinto.

Quien vea en este paso de Jesús una decisión seria e importante reconocerá que el bautismo debió ser para él una experiencia de desvelamiento, es decir, una experiencia básica de descubrimiento de su propia identidad y de su misión. Debido a la falta de fuentes, un historiador nada puede afirmar (o negar) sobre la vida de Jesús anterior al bautismo. La experiencia bautismal de Jesús no es, naturalmente, su primera experiencia religiosa. Si bien no podemos históricamente decir nada sobre el “origen” de la conciencia que Jesús tenía de su vocación, sí podemos afirmar que su actividad pública está relacionada con su bautismo en el Jordán. Sin entrar en detalles exegéticos de cada evangelista, vemos claramente que las «teofanías» que acompañan al bautismo son una explicitación de su significado. En el bautismo de Juan, Jesús no es bautizado sólo con agua, sino con el Espíritu que le hace descubrir a Dios como su Padre: “éste es mi Hijo muy amado”. Jesús fue “ungido”, es decir, hecho Cristo, mesías. Jesús escucha la llamada del Padre y crece en el conocimiento de su propia vocación profética y mesiánica. Desde este momento, Jesús cambia de vida: deja la vida oculta de Nazaret y se lanza a una actividad profético-mesiánica. Desde su cercanía con Dios, descubre y discierne con la ayuda del Espíritu el camino que le irá indicando su Padre. Este discernimiento de Jesús es básico y fundante de toda su vida posterior. Es el primer discernimiento importante en su vida, pero no todo está claro y Jesús tendrá que ir descubriendo la voluntad de su Padre. La Iglesia postpascual ha relacionado el bautismo de Jesús con el llamamiento y descubrimiento de la identidad y de la vocación cristiana, es decir, mesiánica.

2. El discernimiento en las pruebas

Los discernimientos de Jesús no siempre se realizan pacíficamente, como si su cercanía al Padre le garantizase siempre lucidez sobre su voluntad o como si los cambios que se le exigen afectasen sólo a lo más externo de su persona, incluidos los sufrimientos, pero dejasen lo más profundo de ella intocado. Jesús conoció con frecuencia la voluntad de Dios a través de la prueba.

Todos los evangelios sinópticos afirman que Jesús fue tentado, o sometido a prueba, después del bautismo y antes de iniciar su actividad pública. (Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,1-13).

Jesús es sometido a prueba impulsado por Espíritu: “El Espíritu condujo a Jesús al desierto para que el diablo lo pusiera a prueba”(Mt); “En seguida el Espíritu lo empujó al desierto. Estuvo en el desierto cuarenta días: Satanás lo ponía a prueba...” (Mc); Jesús volvió del Jordán, lleno del Espíritu Santo; durante cuarenta días el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras el diablo lo ponía a prueba”(Lc).

Hay que subrayar que los tres evangelistas afirman que Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, que es real y simbólicamente el lugar de la prueba. Después del bautismo, Jesús estaba lleno del Espíritu Santo, y sin embargo el “mal espíritu”, el diablo, Satanás, tenía influjo sobre él para someterlo a prueba. La ubicación de las tentaciones en ese momento de la vida de Jesús tienen una base real, aunque se trate de una reflexión teológica postpascual sobre Jesús. De hecho estas pruebas se repiten a lo largo de su vida, y especialmente en los momentos cruciales como la oración del huerto y la agonía en la cruz.

Otra observación importante es que las pruebas se refieren realmente al mismo Jesús y no tienen simplemente un carácter moralizante y edificante para los demás, aunque, exista también en la escena el interés de animar a los cristianos en sus pruebas. El interés primordial es cristológico: Jesús fue realmente tentado, puesto a prueba.

También es muy importante caer en la cuenta de que aquello sobre lo que va a versar la tentación no es simplemente el ejercicio de la condición humana de Jesús, con su pecaminosidad y limitación inherentes, sino que la prueba versará sobre lo más típico y específico de Jesús: su relación con el Reino y su relación con Dios, es decir, sobre su mesianismo y su filiación, develados, al menos en parte, en el bautismo. En este sentido, las pruebas versan sobre lo más hondo de Jesús, su actitud última ante Dios. Jesús no es un hombre que coquetea con el pecado y sus seducciones; Jesús es conducido profundamente por el Espíritu de Dios. Pero, precisamente por eso, es conducido a las pruebas más delicadas y críticas sobre el sentido teológico y mesiánico de su vida. Todo hombre que vive profundamente de Dios es llevado por el Espíritu al desierto de la ausencia de sentidos y caminos de la existencia. Y en esa situación

espiritual aparece la prueba, la tentación, que propone el “mal espíritu” (diablo, Satanás), en el corazón, pero desde “fuera”, desde una exterioridad, que no alcanza lo más profundo del ser ante Dios.

En un breve análisis de las tres pruebas o tentaciones, encontramos que en concreto se trata de la comprensión del poder mesiánico para la construcción del Reino, que es el camino de salvación para los hombres. Utilizando un lenguaje más cercano a nosotros, podríamos decir que en la primera tentación se trata de poder socio-económico: convertir las piedras en panes, milagrosamente con el poder de Dios, para superar las necesidades materiales de los hombres. En la segunda tentación, según Lucas, se trataría del poder político, que sería el poder mesiánico para la construcción del Reino. En la segunda tentación en Mt o la tercera en Lc, la propuesta es más sutil y diabólica: el poder religioso, eclesiástico y espectacular (desde el pináculo del Templo).

La primera tentación apela a la racionalidad: después de 40 días de ayuno estricto, (aunque esto se entienda sobre todo en un sentido simbólico) o sea una hambre canina, en otras palabras, ante las necesidades materiales de los hombres: hambre, miseria, enfermedades, etc., lo más lógico y racional es echar mano del poder mesiánico socio-económico para resolver los problemas. Jesús no niega lo que hay de racional en la propuesta: el pan es necesario, es necesario resolver estos problemas. Pero lo más importante para el hombre no es sólo el pan, sino el sentido último de su existencia, que sólo se logra escuchando la palabra que viene de la boca de Dios. La auténtica relación con Dios es lo fundamental y de ahí nace el modo de resolver los problemas materiales del hombre. Jesús discierne y descubre el engaño que encierra la tentación, precisamente en los pliegues de la racionalidad humana que no escucha la palabra de Dios. Esta tentación se hizo presente continuamente en la actividad mesiánica de Jesús. Ante las necesidades de los pobres, enfermos, pecadores, etc. Jesús echaba mano de su poder para aliviar sus necesidades, pero siempre procuraba que sus acciones fueran entendidas como “signos” del Reino. En caso contrario, imponía lo que se ha llamado «secreto mesiánico», especialmente en Marcos. Los escritos del NT evitan caer en la cristología del “Theios aner” -el hombre divino, taumaturgo-, procedente de la mentalidad griega y tan aceptada por los apócrifos. Todas las ideologías y proyectos socioeconómicos sin apertura a la Palabra revelada de

Dios, por muy racionales que parezcan, caen en un reduccionismo antievangélico.

La segunda tentación sobre el poder político también tiene su racionalidad y necesidad para la convivencia humana. En la soledad del desierto a Jesús se le propone la fantasía de dominar la convivencia humana desde el altísimo sitio del poder político en todo su esplendor. Jesús, aunque hambriento y débil en la soledad del desierto, discierne y rechaza tajantemente la propuesta. Cae en la cuenta de que se trata de una fantasía engañosa que le llevaría a la ruptura más profunda de su relación con su Dios: la adoración. Más tarde en su vida pública dirá que los poderes del mundo esclavizan y oprimen, que son ídolos que matan, y no dan vida como su Dios-Padre. Cuando el pueblo, asombrado por los hechos, la autoridad y personalidad de Jesús, intenta hacerlo rey o al menos líder que lo libere de los poderes políticos de su tiempo, Jesús huye al monte a orar y a examinar y discernir su comportamiento. Su poder mesiánico no es el político-davídico que esperaban muchos judíos, incluso sus discípulos más íntimos. También se separa del poder político - militar de los zelotas. Su poder mesiánico es otro, aunque lo va descubriendo gradualmente en las circunstancias concretas que se le presentan. Oficialmente será condenado a muerte y ajusticiado por hacerse Rey, pues los poderes políticos lo consideran como una amenaza radical. Y Jesús no niega que sea Rey, pero su mesianismo como Rey es concebido de una manera original y nueva.

En la tercera (Lc) o segunda prueba (Mt) está en juego el poder religioso del mesianismo. Para la espiritualidad judía, el Templo, situado en la ciudad santa, y todo el culto que se desarrollaba en él era uno de los lugares privilegiados para acceder a Dios. Pero Jesús se encuentra en el desierto, en la soledad más absoluta delante de Dios. No tiene mediaciones religiosas que pueden servirle de ayuda aun para lo que él considera más valioso: el encuentro o la experiencia de Dios. Por eso la tentación le presenta la engañosa fantasía de situarse en lo más alto, solemne y espectacular del Templo para lanzarse desde allí a la aventura de poner a prueba el poder soberano de Dios. Se trata de un postura espiritual imaginaria de someter a Dios a los caprichos pseudoreligiosos; en una palabra, de no dejar a Dios ser verdaderamente Dios. Jesús discierne y ve que esto sería tentar la soberanía absoluta de Dios. Israel tentó así en el desierto de Massá y Meribá y en otras muchas ocasiones. Jesús,

formado desde niño en la espiritualidad de la sinagoga y del Templo, ahora discierne y ve la espiritualidad judía corrompida por la tentación de un culto ostentoso, mágico y falso. Por eso se distanciará del culto del Templo y buscará una adoración en "espíritu y en verdad" (Jn 4,23s). En la vida pública Jesús llegará a un enfrentamiento frontal con los Jefes del Templo y éstos lograrán condenarlo a muerte. Lo que en el desierto pudo ser una tentación fantasiosa, en la vida real implicó un conflicto mortal para Jesús. Esta prueba de discernimiento de Jesús nos plantea a nosotros la necesidad de discernir nuestra propia espiritualidad y la de nuestros institutos religiosos en los que el poder religioso tiene tanta relevancia. Otro tanto puede decirse de las espiritualidades que se dan en la Iglesia.

3. Crisis de Galilea

Los evangelios, aunque cada uno a su manera y por diversas razones teológicas, describen que Jesús pasó una crisis que dividió su vida en dos grandes etapas.¹¹ A ésta se ha llamado 'crisis de Galilea', porque Jesús abandona el corazón de Galilea y se dirige primero a Cesarea de Filipo y después a la frontera sirio-fenicia. Este rompimiento geográfico de la actividad de Jesús se quiere interpretar como expresión de otro rompimiento más profundo en su persona: los jefes del pueblo lo han rechazado, sus discípulos no lo han comprendido y hasta las masas del pueblo lo habrían abandonado. En una palabra, su misión inicial habría fracasado y Jesús se pregunta si y cómo seguir".¹²

La historicidad de esta crisis es hoy discutida o, al menos, matizada en sus explicaciones concretas. Creemos que esta crisis debe entenderse, al menos, como un momento fuerte de discernimiento de Jesús sobre el modo de llevar adelante su actividad mesiánica. Pueden examinarse Mc 8, Lc 9,18-26, Mt 13 y Jn 6,22-59. Cada evangelista insiste más en un aspecto que otro. Ciertamente Jesús cambia el modo de actuar. El discernimiento llevaría a Jesús a un cambio radical en su autocomprensión y en su misión. El polo referencial de su existencia sigue siendo su Padre. Sigue confiando en El, pero ahora su confianza es contra toda esperanza humana: spes contra spem. Los evangelistas insisten cada vez más en el rechazo del mensaje y de la persona de Jesús. Así mismo los discípulos e incluso sus propios apóstoles no le

comprenden. Aunque históricamente no es tan fácil de probar, según Jn, el pueblo también lo abandona.¹³ No es fácil adentrarse en la crisis personal de Jesús: dudas, búsquedas, tendencia a la formación de grupo-secta, tan frecuente en su tiempo, etc., pero sí parece claro que tuvo que hacer un discernimiento profundo sobre la estrategia apostólica que habría de adoptar en la segunda etapa de su vida pública. Tendría razón Müssner,¹⁴ cuando afirma: “Al principio, Jesús va predicando el reino escatológico de Dios; ahora, una vez que su ofrecimiento ha sido rechazado por Israel, el mismo se siente rechazado con el rechazo de su ofrecimiento”. Sin embargo, con el rigor de la crítica histórica, se puede decir al menos que Jesús de Nazaret, pese a su conciencia de estar amenazado de muerte por la Jerusalén oficial, marchó deliberadamente a la ciudad de Sión.

La crisis de Gallea de Jesús nos enseña que él aceptó deliberadamente - después de un difícil discernimiento - afrontar la conflictividad religioso-política a la que le conducía su fidelidad a la voluntad del Padre. Su actitud frente a la Ley, el Templo, los pecadores, los marginados, los pobres, etc., no nacía sólo de su conocimiento erudito de las Escrituras Sagradas, sino de su discernimiento ante el Padre.

4. La oración del huerto

Otro momento fuerte de discernimiento de Jesús es su oración en el huerto de Getsemaní momentos antes de su pasión. Los exégetas relacionan esta oración de Jesús con las palabras de Lc 4.13: “El diablo, acabadas sus pruebas, se marchó hasta su momento”. La escena de la oración de Jesús en el huerto esta narrada por los tres evangelistas sinópticos: Mt 26,36-46; Mc 14,32-42; Lc 22,39-46. Los tres evangelistas califican como prueba este episodio de la vida de Jesús. Parece correcto relacionar esta escena con las palabras de la carta a los Hbr 5,7ss. “... ofreció oraciones y súplicas, a gritos y con lágrimas, al que podía salvarlo de la muerte; y Dios lo escuchó, pero después de aquella angustia, Hijo y todo como era. Sufriendo aprendió a obedecer y, así consumado, se convirtió en causa de salvación eterna para todos...”.

Jesús, incomprendido y abandonado por sus propios amigos más cercanos, ora a gritos y con lágrimas al que podía salvarlo de la muerte. Por eso

suplica: “Padre mío, si es posible, que se aleje de mí ese trago. Sin embargo, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tu” (Mt 26,39). Este es un momento de angustia suprema, de sudor como de gotas de sangre (Lc 22,43 s.). Y su Padre lo escuchó, pero sólo después de aquella angustia. Y así se convirtió en causa de salvación eterna para todos.

Ciertamente, en esta oración el discernimiento y la búsqueda de la voluntad del Padre no se obtiene poniendo en dos columnas razones a favor y razones en contra, sino en la total oscuridad de los misteriosos caminos salvíficos del Padre. Jesús confía y se entrega ciegamente a la voluntad de su Padre, aceptando la muerte al menos como consecuencia inevitable de la fidelidad a su misión. Y todo esto aceptó Jesús con ser el Hijo, como dice la Carta a los Hebreos. Dado el enfrentamiento cada vez más fuerte entre Jesús y los jefes judíos, pronto llegó Jesús a la certeza de que su muerte sería violenta. Pero eso no quita que mediante un discernimiento bien difícil llegara a comprender que la causa del Reino le iba a exigir momentos de tanta angustia. Pero Jesús salió fortalecido de esta angustiosa oración al Padre.

También hoy los caminos de construcción del Reino conllevan momentos de oración a toda prueba. Sólo una profunda experiencia de confianza en el Padre y una total disponibilidad en sus manos, después de haber pasado la angustia de las muertes, se manifestarán los misteriosos caminos de salvación que nos propone el Padre. La oración del huerto de Jesús no es sólo un ejemplo distante para ser imitado, sino sobre todo la comunicación actual de su Espíritu que nos fortalece en nuestra vida cristiana, sobre todo en los momentos más difíciles de discernimiento.

5. La agonía de la Cruz

Pero el momento culminante y más difícil de discernimiento es la agonía y muerte de Jesús en la Cruz. Aquí estamos ante el misterio más inescrutable entre Jesús y su Padre. Vamos a tomar en consideración los relatos de Mateo y Marcos. (Mt 27, 39-50 y Mc 15, 29-38) Los dos textos nos hablan, entre otras cosas, de las injurias que proferían a Jesús los que pasaban y sobre todo los sacerdotes y letrados, y en un segundo momento los evangelistas se refieren al grito de abandono con que Jesús se dirige a su Padre y muere.

Las injurias están relacionadas con la polémica sobre el Templo y con la pretensión de Jesús de salvar a los demás como Mesías y Rey. Ambas injurias nos remiten a las tentaciones del desierto. El signo de poder que le piden los 'teólogos' de su tiempo era que bajara de la cruz para que creyeran en El. Jesús les responde con un silencio total. Ya había polemizado con ellos en múltiples controversias. No se les daría más signo que el de Jonás.

Pero lo más llamativo es la actitud de Jesús frente a su Dios. "A media tarde gritó Jesús muy fuerte: Eloí, Eloí, lemá sabaktaní, (que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por que me has abandonado?..."). Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró..." (Mt 15,34-38).

Los exégetas están de acuerdo en que se trata de palabras auténticas de Jesús. Por eso mismo, algunos de ellos, sobre todo protestantes, han interpretado esta muerte de Jesús como la muerte de un desesperado, la muerte de un fracasado no sólo ante los hombres, sino ante el mismo Dios que lo abandona. Sin embargo, con otros muchos exégetas, sobre todo católicos, sin reducir para nada el fuerte realismo de abandono de la muerte de Jesús y sobre todo acogiendo la fe de la Iglesia, tenemos que sostener que Jesús, en esta muerte tan trágica, se dejó caer en los brazos del Padre, lleno de confianza de que la muerte no sería la última palabra del Padre. En realidad, Jesús reza el Ps 22, que termina con sentimientos de total confianza en Dios.

Se trata, sin duda, de un discernimiento muy singular, que toca lo más profundo del ser humano ante Dios. Discernir no es siempre y en sentido espiritual profundo poner en dos columnas las razones a favor y en contra. Es más bien vaciarse totalmente de uno mismo en total apertura de entrega a Dios y desde ahí descubrir el designio misterioso del Padre. Exegéticamente no hay un acuerdo sobre lo que Jesús pensó a cerca del valor salvífico o soteriológico de su muerte. De acuerdo a toda su vida precedente, pensamos que Jesús creyó que su muerte era la causa definitiva de la salvación de todos los hombres. Esta es la fe de la Iglesia de los primeros cristianos neotestamentarios. De la obscuridad de la muerte, brotó la LUZ que la Iglesia canta en la Vigilia pascual del Sábado Santo. La prueba suprema y el discernimiento más profundo de Jesús se dio, sin lugar a dudas, en esta muerte llena de obscuridad, pero que terminaría en la Resurrección.

NOTAS

1. RAHNER Karl, *Cristología. Estudio teológico y exegético*, Ed. Cristiandad, Madrid 1975, 33.
2. *Ibid.*, 33.
3. *Erlösung als Befreiung*, Düsseldorf, 1972, 77ss.
4. SOBRINO Jon, *Jesucristo Liberador*, Ed. Trotta, Madrid 1991, 180-183.
5. SOBRINO J., *o.c.*, 185-187.
6. GONZALEZ FAUS J.I., "La «Filosofía de la vida» de Jesús de Nazareth", en *RLT* 13 (1988) 34-37.
7. SCHILLEBEECKX E., *Jesús...*, 244.
8. Cf. RAHNER K., *o.c.*, 33-34.
9. Cf. SOBRINO Jon, *o.c.*, 194-195.
10. Cf. RAHNER K., *o.c.*, 32.
11. Cf. DODD Ch., *El fundador del cristianismo*, Barcelona 1974, 141-189; MUSSNER F., "Gab es eine galiläische Krise?", en *Festschrift für Josef Schmidt*, Friburgo 1973, 238-252.
12. SOBRINO Jon, *o.c.*, 198.
13. Cf. AGUIRRE R., "Jesús y la multitud a la luz de los sinópticos", en *Escritos de Biblia y Oriente*, Salamanca 1981, 259-282.
14. *o.c.*, 249-250.